

I CAPUT — REDITUS

«Hay encuentros que no se alejan con el tiempo, sino que se acercan.»

Me lo repetía mientras el barco se separaba de la costa de Judea, dejando atrás a ese pueblo que nunca había llegado a comprender del todo. Obstinos, intransigentes. No niego los problemas que me habían causado con sus obsesiones religiosas: un entramado de leyes, profecías y expectativas que no dejaba espacio al compromiso. Y sin embargo, mientras el mar se abría ante mí, no sentí alivio. Tuve más bien la sensación de haber abandonado algo que nunca había llegado a poseer del todo.

No era una partida libre. Vitelio¹ me había convocado: rendir cuentas al emperador de las acusaciones de los samaritanos. Una orden que no admitía discusión. Había obedecido, como se obedece cuando se sabe que el juego ya ha terminado y el único movimiento que queda es retirarse con la espalda recta.

Mis siervos me habían precedido semanas antes, enviados a la casa de Amiternum² para que nada quedara al azar. Era una costumbre romana, y no veía motivo para abandonarla ahora que ya no tenía cargos que honrar. Autilio se había quedado conmigo — él nunca me precedía. Era el tipo de lealtad que no se ordena: se encuentra. El barco era un mercante que transportaba cedro y especias. No era un transporte oficial — esos estaban reservados para los funcionarios en activo. Había pagado el pasaje como cualquier otro pasajero, con el bolsillo de un ciudadano privado. También esto formaba parte de la destitución: no la violencia, no la acusación explícita, sino el retiro progresivo de los signos que definen quién eres.

El mar, en los primeros días, no pide nada. Es una de sus cualidades que comprendí solo entonces. En Cesarea el mar siempre había sido un fondo — elemento paisajístico, vía de comunicación, límite occidental de mi autoridad. En medio de él, sin costa visible en ninguna dirección, era algo distinto. No pedía. No esperaba. No juzgaba. Se movía según leyes que no tenían nada que ver con Roma, con los samaritanos, con Vitelio, conmigo.

Los días se parecían entre sí. El sol salía por un lado y se ponía por el otro. Las estrellas de noche eran las mismas de Jerusalén, las mismas de Roma, indiferentes a la geografía del Imperio. Autilio había aprendido a no acercarse demasiado cuando me quedaba inmóvil mirando el horizonte. Sabía — sin que yo se lo hubiera dicho nunca — que ciertos tipos de silencio no quieren compañía. Se sentaba a distancia, ocupado en algún pequeño trabajo de manos, presente sin estar presente.

Pensé en el Garizim³. No como remordimiento — todavía no, no de esa manera. Como un hecho que aún no se había depositado. Había dispersado a una multitud armada en el monte sagrado de los samaritanos. Ellos habían recurrido a Vitelio. Este hombre había decidido que mi lectura del acontecimiento era políticamente incómoda. Y así diez años de mandato se habían cerrado con una orden de presentarme en Roma — el tipo de orden que no se discute, no porque sea justa, sino porque es definitiva. Nunca había dudado de la corrección de la acción. La multitud estaba armada, o al menos así lo parecía. El riesgo era real. Había actuado como habría actuado cualquiera que hubiese comprendido que en aquella tierra una hora de vacilación equivale a una insurrección. Pero la corrección de una acción no agota la cuestión. Eso lo sabía como funcionario. Las acciones correctas producen a veces consecuencias que no lo son. Y las consecuencias no siempre obedecen a la intención de quien las ha generado. Esta distinción, en el mar, tenía todo el tiempo para desplegarse.

Desembarcamos en Chipre después de cinco días. Nos detuvimos el tiempo necesario para embarcar otras mercancías y partimos de nuevo. La isla era hermosa, ordenada, con esa calidad de las tierras que nunca han tenido ambiciones imperiales propias: se adaptan bien a la paz impuesta por otros.

De Chipre hacia Rodas el mar cambió de carácter. Más agitado, más directo. El barco se balanceaba con una insistencia rítmica que de noche hacía el sueño ligero y fragmentado. No era desagradable. Había algo honesto en ese movimiento — algo que no mentía sobre su propia naturaleza. En Rodas nos detuvimos dos días. No visité la ciudad. Autilio se ocupó de las provisiones. Yo caminé por el muelle mirando los barcos, que es el modo en que se espera cuando no hay ninguna prisa por llegar a aquello que se espera.

Luego la ruta hacia poniente. El viento favorable durante algunos días, después el silencio del mar en calma que es casi más agotador que la tempestad — porque la tempestad al menos ocupa la mente. Fue en esos días de mar plano cuando el pensamiento volvió a aquel hombre. No al interrogatorio — todavía no. A antes. Al modo en que había entrado en la sala. A la calidad de su presencia, que no tenía nada de mansa ni de provocadora. Solo una firmeza que no se apoyaba en nada visible — no en armas, no en séquito, no en autoridad reconocida. Una firmeza que parecía venir de algo que no comprendía y que por eso me irritaba más que cualquier oposición explícita.

Había gestionado revoltosos, fariseos, zelotes, sacerdotes. Cada uno llevaba consigo una petición — incluso cuando la petición estaba enmascarada de principio. Aquel hombre no. No pedía nada. Y no pedir nada, comprendí en el mar, es la forma de petición más difícil de rechazar. Dejé ir el pensamiento. No porque estuviera resuelto. Porque el mar no era el lugar para resolverlo.

Desembarcamos en Puteoli⁴ a primera hora de la mañana. El puerto se estaba despertando con ese movimiento específico de los puertos grandes: estibadores, mercaderes, animales, voces en cuatro idiomas distintos superpuestas sin que nadie esperara ser entendido por los demás. Olor a pescado, a alquitrán, a madera mojada. El aire tenía esa calidad húmeda y salada de los lugares donde el mar termina y la tierra comienza sin que ninguno de los dos ceda de buen grado.

Me detuve en el muelle un momento, con los pies sobre el empedrado del puerto. Tierra firme. Después de semanas de mar el cuerpo ya no la recordaba como la conoce — la registraba de nuevo, casi con sorpresa. Autilio bajó después de mí y miró a su alrededor con esa competencia silenciosa suya de quien evalúa un lugar antes de entrar en él. Un siervo se abrió paso entre la multitud. Era uno de los que había enviado semanas antes — lo reconocí por su modo de caminar más que por el rostro, que el sol había bronceado aún más. Se acercó sin prisa, pero con esa calidad de paso de quien lleva algo urgente y ha aprendido a no mostrarlo.

— Bienvenido a Puteoli, prefecto.

El título sonó extraño. No equivocado — todavía no, no oficialmente. Pero ya ligeramente fuera de lugar, como una prenda de la temporada pasada.

— ¿Noticias? — pregunté.

Bajó la voz un tono, aunque a nuestro alrededor nadie nos prestaba atención.

— Tiberio⁵ ha muerto. Calígula⁶ gobierna desde hace algunas semanas.

Me quedé inmóvil un momento. No fue sorpresa, exactamente. Era una de las posibilidades que había considerado en el mar — Tiberio era viejo, enfermo, cada vez más lejano. Pero hay una diferencia entre considerar una posibilidad y recibirla como hecho consumado. El mundo había elegido mutar mientras yo estaba suspendido en medio del mar, entre una provincia que ya no era mía y un regreso que aún no sabía qué era.

— ¿El proceso? — dije.

— No habrá proceso, prefecto. Con la muerte de Tiberio, los asuntos pendientes han sido... reorganizados. Era la palabra exacta. Reorganizados. Roma no archiva — reorganiza. La diferencia es que en el archivo algo permanece. En la reorganización, desaparece.

— Lucius Aelius Varro — añadió el siervo — está en Puteoli. Os espera.

La casa de Varro quedaba a un cuarto de hora del puerto, en una calle estrecha que subía hacia la colina. No era una casa de representación — era una casa de uso, sobria, con un jardín interior que recibía poco sol pero suficiente aire. El tipo de vivienda que eligen los hombres que han renunciado a la idea de ser observados.

Lo encontré en el peristilo⁷, sentado en un taburete bajo con un rollo sobre las rodillas que no estaba leyendo. Cuando me vio levantarse, me sorprendió cuánto había envejecido. O quizás era yo quien lo miraba con ojos distintos — ojos que habían visto demasiada piedra caliza y demasiado cielo levantino para volver a medir las cosas con la misma escala de antes.

— Has llegado — dijo.

— Estaba en el mar cuando murió — respondí, sin preámbulos. Sabía que él lo sabía.

— Me lo imaginaba. — Me señaló el asiento de enfrente. — Siéntate. ¿Tienes hambre?

— No.

— Siéntate de todas formas.

Me senté. El silencio entre nosotros no era incómodo — era el silencio de dos hombres que se conocen desde hace suficiente tiempo como para no tener que llenar cada espacio.

— Vitelio ha actuado deprisa — dijo al fin.

— Vitelio ha actuado de manera conveniente. Hay una diferencia.

— Sí. — Dejó el rollo. — Judea ya era una causa perdida antes que tú. Él lo sabe. Roma también lo sabe, aunque nunca lo dirá.

Bebió un sorbo. Luego añadió, con esa cautela que se usa para las cosas que no se quieren decir en voz alta pero que no se consigue callar:

— Y luego está el otro asunto. Sejano⁸.

No respondí. No era necesario.

— Cuando cayó — continuó Varro — en el treinta y uno, muchos se encontraron en tu situación. Hombres nombrados durante su período de influencia, o simplemente asociados a él en la memoria de alguien. No importaba si el vínculo era real o imaginado. Bastaba la sospecha. — Hizo una breve pausa. — Tú estabas en Judea. Lejos. No podías defenderte, no podías aclarar nada, no podías hacer lo más importante que se hace en estos casos: dejarte ver por Roma.

— No había nada que aclarar — dije. — Mi mandato no dependía de él.

— Lo sé. — Varro levantó una mano, no como defensa sino como precisión. — Pero Roma no razona por hechos. Razona por asociaciones. Y las asociaciones, una vez formadas, no se borran con aclaraciones. Se borran solo con el tiempo — o con alguien lo bastante poderoso para responder por ti. Tiberio, mientras estuvo lúcido, te cubría. Luego dejó de estarlo. Luego murió.

Guardé silencio. Era la explicación más precisa que había escuchado nunca de por qué me encontraba en esa silla, en esa casa, en Puteoli, en lugar de seguir en Judea.

— No es eso lo que me preocupa — dije al fin.

Varro se detuvo un momento. Luego, casi como pensamiento secundario:

— ¿Y el sumo sacerdote?⁹ ¿Caifás sigue en su puesto?

— Lo estaba cuando partí — dije. — Vitelio decidirá.

— Decidirá del modo más conveniente para Vitelio — dijo Varro. — Como siempre.

Me miró con esa calidad de atención que siempre había tenido — no enjuiciadora, sino precisa. Como un agrimensurador que mide sin comentar.

— ¿Qué es lo que te preocupa, entonces?

Vací. No porque no supiera responder, sino porque responder significaba dar forma a algo que hasta entonces había existido solo como peso.

— Hay algo que no se ha cerrado — dije. — Una decisión que tomé según todas las normas. Correcta. Necesaria. Ya archivada por Roma. — Hice una pausa. — Y sin embargo no obedece al tiempo como debería.

Varro no respondió de inmediato. Fuera, en el jardín, una paloma se posó en el borde de la fuente y luego partió sin beber.

— El Senado no te lo preguntará — dijo al fin.

— Lo sé.

— Roma no te lo preguntará nunca.

— Lo sé.

— Entonces el problema no es Roma.

Levanté la mirada.

— No — dije. — El problema es que algo no ha obedecido.

Nos quedamos en silencio. No era un silencio que pidiera ser llenado.

— Bajo Tiberio contaban los hechos — dijo Varro, más bajo. — Ahora cuentan los gestos, los rumores, los caprichos. El nuevo emperador mueve todo: mandatos, hombres, dinero. Fiestas, juegos, algarabía. El pueblo aplaude. Por ahora.

— Tú no perteneces a este tiempo — dijo luego, con esa calidad suya de decir las cosas sin peso enjuiciador.

— Ya no pertenezco a ningún tiempo.

Me observó largo rato.

— Por eso escribirás — dijo.

— No escribo.

— Escribirás. Cuando el poder te abandona, solo queda esto: poner orden en los recuerdos. — Una breve pausa. — No para los demás. Para ti. Para entender dónde estabas cuando tomaste esa decisión. Dónde estabas de verdad, me refiero — no geográficamente.

Bajé la mirada.

— Quédate esta noche — dijo. — Mañana vas a Roma. Los siervos ya te han anunciado al Senado.

— ¿Y después de Roma?

— Volverás donde ya no eres nadie. — Lo dijo sin crueldad. — Es el único lugar donde ciertas cosas empiezan a hablar.

Partí a la mañana siguiente, temprano, antes de que el puerto retomara su ruido. Varro no bajó a despedirse — lo habíamos decidido la noche anterior, sin decirlo. No era el tipo de amistad que necesita ceremonias.

El camino de Puteoli a Roma seguía el trazado de la Vía Apia¹⁰. Los primeros días de camino fueron los más fáciles.

El tramo desde Puteoli hacia el norte bordeaba el mar durante largos trechos — el Tirreno a la izquierda, bajo, reluciente, con esa calidad de luz que tienen los mares cuando el viento viene de tierra. Minturnae¹¹, Sinuessa¹², las campiñas campanas que se abrían fértiles a los lados del camino. El aire conservaba todavía el olor del Golfo — salado, limpio, sin la densidad que adquiriría más adelante.

Autilio había organizado las paradas con su acostumbrada precisión silenciosa. La primera noche en una mansio entre Sinuessa y Minturnae — pan, aceitunas, un Falerno joven que sabía a basalto y a sol.

No lo comenté. Era el vino de aquella tierra, producido en las laderas del Másico durante siglos, bebido por generaciones de viajeros que no habían pedido permiso para encontrarlo bueno. Lo bebí como se bebe lo que pertenece a un lugar — con respeto, sin poseerlo.

El segundo día se cruzó el Garigliano por un puente de piedra, ancho y sólido, construido para durar. Al otro lado del río, el camino subía hacia el interior y comenzaba a cambiar de carácter.

Los Montes Aurunci¹³ se alzaban a la derecha como un muro gris verdoso, calizas antiquísimas que el tiempo no había suavizado sino solo pulido — cimas escarpadas, gargantas profundas, laderas que caían a pico sobre la llanura sin mediación. No eran los montes amables de la Sabina ni las colinas toscanas. Eran obstáculos que Roma había decidido atravesar de todos modos, con esa obstinación suya de ingeniería que no admite el término imposible.

La garganta de Sant'Andrea fue la parte más inesperada. El camino penetraba entre paredes de roca caliza de seis, siete metros de altura, cortadas a mano en el sentido literal — aún se veían las marcas de los instrumentos, líneas paralelas en la piedra clara como la firma de generaciones de obreros que no habían dejado nada más. En algunos tramos el cielo se convertía en una franja estrecha sobre la cabeza. El carro redujo la marcha. Las ruedas buscaban el basalto con más cuidado.

A mitad de la garganta, en el flanco derecho de la roca, un pequeño templo de Apolo. No grande — una hornacina más que un edificio, con la estatua dentro y algunas ofrendas votivas depositadas en el borde de piedra. Alguien había dejado una corona de laurel seca, otros dos o tres objetos que no logré distinguir. Autilio alzó los ojos hacia el templo con ese gesto automático que los romanos hacen en los lugares de culto — no devoción, costumbre. Reconocimiento.

Yo no me detuve. Pero lo miré al pasar, ese templo en la roca. Había algo sensato en haberlo colocado allí — en un punto donde el camino exigía algo más que el paso ordinario, donde el viajero estaba encerrado entre paredes que no dejaban elección. Los lugares difíciles siempre han necesitado dioses. No para ser más fáciles. Para ser reconocidos como difíciles.

Antes de Formia el camino descendía de nuevo hacia el mar con una progresión suave, casi afectuosa. Y de pronto — más allá de una curva señalada por un mausoleo antiguo que nadie se detenía ya a mirar — el Golfo de Gaeta se abrió en toda su extensión.

Me detuve.

No por decisión. El cuerpo se detuvo solo, como se detienen las cosas que necesitan mirar. El golfo se extendía en una curva amplia, con las aguas quietas aquella tarde, de un azul que no era el azul del mar abierto sino algo más íntimo — el azul de un lugar que ha dejado de tener prisa. A la izquierda, el promontorio de Gaeta se recortaba contra el cielo con esa calidad de los promontorios que parecen colocados allí por alguien que tenía sentido del teatro. A la espalda, los Montes Aurunci caían a pico hacia la llanura con laderas cubiertas de matorral y olivos silvestres. Frente a mí, Formiae¹⁴ tendida junto al mar como una ciudad que nunca ha necesitado defenderse.

Nunca había estado en Formia. O quizás sí — en un viaje de muchos años atrás, tan lejano que no guardaba imagen de él. Lo que veía ahora era nuevo. No la ciudad, que era la de siempre — sino el modo en que la miraba. Después de diez años de Judea, después de las colinas calizas de Jerusalén, del desierto y los wadis y el Jordán amarillo, ese golfo me parecía algo imposible. Demasiado apacible. Demasiado ordenado. Como una idea de belleza que la naturaleza hubiera decidido ejecutar sin errores. Pensé en Roma. La primera vez que regresaba después de todo ese tiempo. No el miedo — no sentía miedo, o al menos no esa forma reconocible. Sentía algo más sutil: la sensación de acercarme a un lugar que creía conocer y del que ya no sabía nada. Diez años cambian una ciudad. Cambian sobre todo el modo en que se la mira.

¿En qué se había convertido Roma sin Tiberio? ¿En qué se había convertido Roma con un emperador que distribuía pan y promesas? Varro me había hablado de ello, en Puteoli. Pero las palabras de Varro

eran las palabras de quien observaba desde fuera — un hombre retirado que ya no frecuentaba el Foro, que leía las noticias como se lee la crónica de un país lejano. Yo tendría que entrar en ella. Atravesarla. Presentarme al Senado como un hombre que había estado en otro lugar y ahora ya no era nadie. Retomé el camino.

Gaio Servilio Macro no era un nombre que había buscado. Había surgido de una conversación con Varro — un hombre que Varro había conocido en su juventud, un funcionario de la vieja generación que se había retirado a Formia años atrás, cuando el cuerpo había dejado de seguir las ambiciones. Muy anciano ahora, había dicho Varro. Pero lúcido como siempre. Detente en su casa si pasas por allí. Ha visto mucho. Habla poco. Es el tipo de hombre que hace bien a los días difíciles.

Lo encontré en el pórtico de su villa, sentado en una silla baja con las piernas extendidas delante, los ojos abiertos sobre el golfo. No dormía — lo comprendí por el modo en que giró la cabeza cuando oyó nuestros pasos sobre el empedrado. Lentamente, como quien ya no tiene razón para apresurar los movimientos.

Era muy anciano. Más de lo que esperaba. La piel del rostro tenía esa calidad pergamínica de los hombres que han vivido largo tiempo al sol, marcada por surcos profundos que no eran arrugas de expresión sino capas de tiempo depositadas una sobre otra. Los ojos, sin embargo, eran claros, atentos, con esa luminosidad específica de quien ha dejado de querer convencer a alguien de algo.

— Pilato — dijo. No como pregunta. Como registro de un hecho.

— Macro — respondí.

— Siéntate. — Señaló un taburete con un gesto mínimo de la mano. — El golfo está hermoso a esta hora. Puedes mirarlo mientras hablamos. Le hace bien a la conversación.

Me senté. Autilio se retiró hacia el interior de la villa sin que nadie se lo pidiera.

Desde el pórtico se veía toda la curva del golfo, con el promontorio cerrando el horizonte a la izquierda y las aguas que mudaban de color alejándose hacia el mar abierto — del verde claro cerca de la orilla al azul profundo donde se acababa la luz. A lo lejos, casi invisibles, los perfiles bajos de las islas Pontinas flotaban en el aire como pensamientos a los que aún no se ha dado nombre.

— Varro me ha escrito — dijo Macro, sin apartar los ojos del agua. — Dice que regresas de diez años en Judea.

— Once, casi.

— Once. — Repitió la cifra como si la estuviera sopesando. — Yo hice siete en Siria. Luego cuatro en Chipre. Luego me marché. — Una pausa. — No por elección, al principio. Luego comprendí que era lo correcto.

— ¿Cómo lo comprendiste?

Se giró a mirarme por primera vez de verdad — no el registro de llegada, sino la mirada real.

— Cuando dejé de despertarme pensando en qué hacer. — Lo dijo sin énfasis, como se dice algo evidente. — En las provincias uno siempre se despierta con una tarea. Un problema que espera. Una decisión aplazada desde la noche anterior. Cuando eso cesa, al principio parece que falta algo. Luego comprendes que no faltaba algo — estaba demasiado lleno. Y que bajo ese lleno había mucho espacio que nunca habías usado.

Guardé silencio. El golfo estaba inmóvil. Una barca lejana se movía sin que se viera el movimiento — solo la posición que cambiaba imperceptiblemente.

— ¿Roma te espera? — preguntó.

— Me espera el Senado. Luego no.

— El Senado. — Un amago de sonrisa, sin alegría. — Yo también hice esa visita. Hace treinta años, quizás más. Se sientan frente a ti con esa cara de quien ya lo ha decidido todo y esperan que digas las palabras correctas para poder ir al almuerzo.

— Me lo imagino.

— No tienes que imaginarlo. Ya lo sabes. — Se irguió ligeramente en la silla, un movimiento que le costó algo. — Lo que todavía no sabes es qué ocurre después. Cuando sales. Cuando las murallas quedan atrás y el camino está delante y no hay nadie que espere un informe tuyo.

Lo miré.

— ¿Cómo fue?

Macro volvió a mirar el golfo. Permaneció así largo rato, con esa calidad de silencio que tienen los ancianos cuando no están buscando las palabras — ya las han encontrado, solo están decidiendo si decirlas.

— Como quitarse un peso que no sabías que cargabas — dijo al fin. — Y luego darse cuenta de que el peso también tenía una función. Te mantenía erguido. Sin él, al principio, no sabes estar de pie del mismo modo.

Pensé en Varro en Puteoli — su volverás donde ya no eres nadie. Pensé en las Marismas que me esperaban más adelante, en el camino que subía hacia Roma, en el Senado con sus escalones gastados. Pensé en el rostro que me seguía desde Jerusalén sin pedir permiso.

— Hay algo — dije, sin saber aún hasta dónde llevaría la frase — que no se comporta como debería. Una decisión tomada según las normas. Correcta. Ya archivada. Que sin embargo no obedece.

Macro no respondió de inmediato. Una lagartija cruzó el borde del pórtico y desapareció en la piedra. El sol había descendido algunos grados — la luz sobre el golfo había perdido su violencia y se estaba convirtiendo en esa cosa más suave y más verdadera que llega al final de la tarde.

— Los griegos tenían una palabra — dijo al fin. — No la usaban para el derecho, la usaban para las historias. Hamartia. El error que no es un error moral. Es una falta de visión. Haces lo correcto según lo que sabes, y no lo sabes todo. No puedes saberlo. Nadie puede. — Hizo una pausa. — El problema no es lo que has hecho. El problema es que existen cosas que no caben en los procedimientos. Y nosotros, que hemos sido formados por los procedimientos, no sabemos dónde ponerlas.

No respondí. No porque la frase no me hubiera alcanzado — me había alcanzado exactamente. Sino porque era el tipo de frase a la que una respuesta solo haría daño.

Nos quedamos así hasta que el sol tocó el borde del promontorio. Luego Macro llamó a un siervo y me hizo preparar una habitación.

— ¿Partes mañana? — preguntó.

— Al alba.

— Bien. — Se levantó con esa lentitud deliberada de los hombres que han aprendido a no desperdiciar los movimientos. — Roma cambiará. Ya ha cambiado. Calígula es el opuesto de Tiberio en todo — en lo bueno y en lo malo, y sobre todo en el modo en que se hace ver. No estoy seguro de cuál de los dos era peor para quien tenía que trabajar bajo sus órdenes. Tiberio era previsible en su dureza. Este es imprevisible en su alegría.

— ¿Cuánto durará?

Macro levantó una mano — gesto viejo, paciente.

— No lo sé. No lo sabe nadie. Las cosas alegres duran mientras hay algo que celebrar. Luego depende.

— Me miró por última vez con esa lucidez que no envejece. — Tú ve, haz lo que debes hacer, sal. Luego encuentra un lugar donde el silencio tenga espacio. Lo demás viene solo — o no viene, y entonces al menos tienes el silencio.

Al alba no me despidió — seguía en el pórtico mirando el golfo cuando pasé con el carro, pero no se giró. No era distancia. Era el tipo de despedida que no necesita gestos.

El camino retomó su curso. Formia quedó atrás con su golfo y sus olivos y esa calidad de lugar que no pide ser recordado — y sin embargo permanece.

Las Marismas Pontinas¹⁵ comenzaron sin un límite preciso. El camino se mantenía recto, como si Roma hubiera decidido no doblarse ni siquiera ante la tierra que se pudre. A los lados, el agua no era verdaderamente agua y la tierra no era verdaderamente tierra. Todo flotaba en un estado intermedio, inmóvil, como si el paisaje hubiera renunciado a elegir.

El carro¹⁶ avanzaba despacio. Los siervos callaban más de lo habitual. El ruido de los pasos era absorbido por el suelo blando, y también las voces, cuando se alzaban, parecían perder fuerza antes de alcanzar el aire. Había un olor persistente, dulzón y cansado, que no pertenecía a nada preciso: ni muerte ni vida, sino algo que las precedía a ambas. Sentía el cuerpo hacerse más pesado, no por el cansancio, sino por una especie de rendición: como si el camino no pidiera esfuerzo, sino consentimiento. A lo lejos se veían pájaros inmóviles, posados sobre estacas podridas o en ramas desnudas. No volaban. Esperaban.

Autilio caminaba a poca distancia. No hablaba. Había aprendido, con los años, que el silencio es a menudo el único servicio posible. De vez en cuando alzaba la vista hacia mí, como para asegurarse de que seguía presente. No físicamente: presente de otro modo.

El pensamiento de Jerusalén volvió sin ser llamado. No como recuerdo, sino como una postura de la mente. Vi de nuevo el patio, la piedra, el rostro de aquel hombre que no pedía nada y que, por eso, lo pedía todo. Me di cuenta de que ya no trataba de entender lo que había ocurrido. Trataba de entender por qué seguía ocurriendo.

Cuando las marismas comenzaron a despejarse, no sentí alivio. Solo una vaga decepción, como cuando un pensamiento es interrumpido antes de alcanzar su forma.

Roma se anunció mucho antes de mostrarse. No con las murallas ni con los templos, sino con un ruido continuo, desordenado, que no tenía origen preciso. Un zumbido denso, como agua que choca contra demasiadas piedras a la vez. No crecía al acercarse: estaba ya todo allí, como si la ciudad ocupara el aire antes incluso que el espacio. Todo parecía superpuesto a otra cosa: voces sobre voces, olores sobre olores, cuerpos que se rozaban sin llegar a encontrarse de verdad. Roma no acogía. Entorpecía.

Abrí el toldo del carro. Hubiera preferido no hacerlo. Las calles eran más anchas de como las recordaba, pero menos ordenadas. Puestos improvisados invadían las esquinas, vendedores gritaban mercancías que nadie parecía escuchar de verdad. Los rostros estaban tensos, atentos no al presente sino a lo que podía ocurrir de un momento a otro. Alguien pronunció el nombre del emperador con ligereza excesiva: Calígula. Bajo Tiberio los nombres se sopesaban. Ahora eran lanzados al aire, como monedas cuando se tiene prisa por gastarlas. Me di cuenta de que nadie me observaba de verdad. No era invisible: era irrelevante. Un cuerpo en tránsito, uno más. No sentí ofensa. Sentí un alivio amargo. Roma ya no me pedía nada. Y eso, comprendí, no era un honor.

Tenía una habitación reservada en un barrio fuera del centro, cerca del Esquilino — el tipo de alojamiento que usa quien no quiere ser encontrado y no necesita ser visto. Mis siervos habían provisto semanas antes. Autilio me precedió para asegurarse de que todo estuviera en orden. La habitación era sobria: una cama, una mesa, una ventana que daba a un patio interior. Sin vistas al Foro, sin ruido de representación. Eso era exactamente lo que quería.

No salí esa noche. Comí lo que trajeron, bebí poco, me tendí. El cuerpo conservaba aún el ritmo del viaje — esa vigilia ligera de quien ha dormido demasiado tiempo en un carro y ya no se fía de la tierra firme. Roma me llegaba como ruido amortiguado, lejano, indiferente. Dormí antes de lo que pensaba.

A la mañana siguiente encontré a Marcus Tullius Rufus a última hora de la tarde, en una casa apartada del bullicio. Rufus había elegido, años atrás, dejar la carrera cuando la carrera todavía estaba a su alcance. No por decepción, sino por elección — y esa diferencia, en Roma, era casi obscena. Sabía de mi regreso. Mis siervos habían hecho su trabajo con discreción.

El hombre que me recibió había envejecido más de lo que recordaba. O quizás era yo quien lo miraba con ojos distintos. Permanecimos en silencio un momento.

— Mañana por la mañana estás esperado — dijo al fin. Sin énfasis. Era un hecho, no una advertencia.

— Lo sé.

— ¿Quieres que vaya contigo?

— No.

Asintió. No insistió. Era el tipo de amistad que no necesita explicaciones — ni ofertas que no serán aceptadas. Nos sentamos todavía un poco, sin hablar de lo que importaba. Eso podía esperar. Me despedí antes de que oscureciera.

Al día siguiente me presenté al Senado sin insignias. Sin escolta, sin anuncio. Un nombre había sido ya comunicado. Eso bastaba. La entrada no tenía nada de solemne. Columnas gastadas, escalones marcados por siglos de pasos. El aire era fresco, pero no limpio. Un lugar pensado para durar, no para acoger. Me hicieron esperar. No había hostilidad en el gesto, ni desprecio. Era simplemente el modo en que se mide la importancia de un hombre que ya no tiene urgencia. Sentado en un banco de piedra observé los rostros. Algunos demasiado jóvenes. Otros demasiado expertos para hablar de verdad. Muchos me miraban sin verme, como se mira un documento ya archivado.

Cuando me llamaron, entré sin prisa. No me pidieron que jurara. No me pidieron que explicara. Un senador leyó pocas líneas, con voz llana, como se hace con los datos que no requieren discusión. Mi mandato fue resumido en términos generales: orden mantenido, tributos recaudados, tensiones contenidas. Sin mención a los detalles. Sin una palabra sobre Jerusalén. Sin una palabra sobre la Pascua. Sin una palabra sobre aquel hombre. Hablamos de caminos, de fronteras lejanas, de provincias que nunca había visto. Asuntos menores. Asuntos que no dejaban huella. Luego uno de ellos, un hombre anciano que no conocía, alzó la vista.

— Serviste bajo Tiberio.

Dijo solo esto. Asentí. No era una constatación. Era una fórmula. Un modo elegante de decir que el tiempo al que pertenecía ya no era este. Nadie propuso nada más. Nadie preguntó nada. Nadie me retuvo. El encuentro se concluyó tal como había comenzado: sin fricción. Comprendí entonces que no había sido juzgado. Ni absuelto. Había sido cerrado. Bajar los escalones fue más sencillo que subirlos. El cuerpo reconoce mejor las salidas que las entradas.

No volví enseguida donde Rufus. El Foro¹⁷ estaba ya lleno de movimientos superpuestos: hombres que pasaban, otros que se detenían sin pararse de verdad, voces que se cruzaban sin encontrarse. Caminé sin rumbo preciso, dejando que la corriente me rodeara. Autilio estaba a poca distancia, como siempre — esa presencia silenciosa suya que no pesaba. Reconocí los lugares. No su sentido. Las estatuas seguían allí, pero me parecieron más altas, como si necesitaran imponerse. Pensé que Roma no conserva a los hombres: conserva las formas. Me detuve un instante junto a una columna gastada. Apoyé la mano en la piedra. Era fría, lisa, marcada por siglos de pasos. En otro tiempo, caminando por allí, medía distancias e intenciones. Ahora no había nada que medir.

Comprendí que no estaba dejando Roma. Era Roma la que estaba pasando más allá de mí.

Por la tarde deambulé por los mercados del Celio sin comprar nada. Observé a un artesano reparar una rueda con la misma concentración que había visto mil veces en mis siervos más capaces — esa calidad de atención total que pertenece al trabajo bien hecho, independientemente de quién mire. Me detuve frente a un vendedor de especias orientales — azafrán, pimienta, canela — y reconocí los olores de Jerusalén mezclados con los del puerto de Alejandría. El Mediterráneo tenía su modo de hacer que las mercancías se encontraran antes incluso de que se encontraran las personas. La ciudad se deslizaba sobre mí sin pedirme nada. Nadie sabía quién era. Durante diez años había sido el nombre en cada acto,

cada sentencia, cada carta que salía de la cancillería de Jerusalén. Ahora no estaba escrito en ningún lugar de esta ciudad, y la ciudad funcionaba exactamente igual que antes. Comprendí entonces — de manera más concreta de lo que había comprendido en el Senado — que el cargo no era yo. Era una forma que había vestido y que ahora llevaba otro. La forma continuaba. Yo había salido de la forma y caminaba por esta ciudad como cualquier otro. No era un descubrimiento doloroso. Era, más bien, la sensación de quien se quita una armadura pesada y se da cuenta de que puede mover los brazos de otro modo.

Roma al caer la tarde cambia de carácter sin previo aviso. La luz del día lo mantenía todo en movimiento — cuerpos, voces, carros, el ruido continuo de una ciudad que no sabe estar quieta. Al declinar el sol las calles se vaciaban de transacciones y se llenaban de otra cosa: grupos de hombres sentados frente a las tabernae, el humo de los braseros improvisados en las esquinas, el olor del pan todavía caliente que algún panadero vendía a precio reducido para no desperdiciar la hornada vespertina. Voces más bajas, más directas. El tipo de conversación que no necesita ser escuchada por nadie más.

Me detuve frente a una taberna en el barrio entre el Celio y el Esquilino. No había ningún letrado en particular — solo un mostrador abierto a la calle, tres ánforas de terracota con el vino, un hombre anciano que servía sin hacer preguntas. Entré y me senté en un taburete de madera, sin quitarme el manto. Nadie levantó la vista. Pedí vino. Llegó en una copa de cerámica tosca, menos aguado de lo que hubiera sido educado servirlo. Lo bebí sin quejarme. Era áspero, denso, con ese sabor a barrica vieja que tienen los vinos de las campiñas del Lacio cuando no se corrigen para los paladares finos. En diez años de Judea había bebido vinos peores.

A mi lado dos hombres hablaban de los juegos anunciados para la semana siguiente. Uno era un artesano del bronce — lo reconocía por las manos, por el polvo oscuro bajo las uñas que ningún lavado elimina del todo. El otro era más joven, con el habla del Aventino, uno de los que han crecido en las insulae y saben moverse por la ciudad como peces en el agua. Hablaban del nuevo emperador con esa familiaridad que Tiberio nunca había inspirado en nadie.

— Ha mandado abrir los graneros — dijo el mayor. — No como Tiberio, que lo tenía todo cerrado hasta que le servía a él.

— Y los juegos son gratis tres días — añadió el joven. — Ya he cogido sitio.

— ¿Durará?

— Qué importa cuánto dure. Por ahora hay pan y hay espectáculo. Lo demás es para los senadores.

Bebieron. Yo bebí con ellos, aunque ellos no lo sabían. Los primeros meses de Calígula habían estado marcados por dádivas al pueblo y espectáculos gratuitos — lo había oído decir a Varro en Puteoli, con ese tono de quien ya sabe cómo acaban estas cosas. Pero visto desde dentro, sentado en una taberna entre gente que no me conocía, tenía una calidad distinta. No era propaganda. Era pan real, vino real, tres días de circo reales. Para estos hombres, la política era eso: lo que llegaba o no llegaba a la mesa. Pensé en cuántas decisiones había tomado en diez años que eran, para alguien en algún lugar, exactamente eso — algo que llegaba o no llegaba a la mesa. Tributos recaudados, concesiones denegadas, órdenes mantenidas. Para Roma eran cifras en los registros. Para las personas que los pagaban eran el precio de la supervivencia o de la dignidad. No era un pensamiento nuevo. Pero en aquella taberna, sin título y sin escolta, tenía un peso que en los informes oficiales nunca había tenido.

Volví donde Rufus cuando la luz estaba menguando.

— ¿Cómo ha ido? — preguntó.

— Como imaginabas.

— ¿El expediente está cerrado?

— Sí.

— ¿Cómo te sientes?

11La pregunta me sorprendió. Nadie me la había hecho. Varro en Puteoli me había preguntado qué me preocupaba — que es una pregunta distinta. Rufus preguntaba cómo estaba. Era la pregunta más sencilla y la más difícil.

— Como un hombre al que le han dicho que no es culpable y que no es necesario. Las dos cosas juntas pesan más que una condena.

Rufus asintió, sin prisa.

— Roma — dijo — no sabe hacer otra cosa. No tiene el valor de la crueldad ni el del reconocimiento. Solo tiene la forma.

Nos sentamos. La habitación estaba llena de rollos, tablillas, papeles. No era el desorden de quien no gobierna. Era el desorden de quien ha dejado de tener que parecer ordenado.

— Has traído algo contigo — dijo, al cabo de un momento. No era una pregunta.

— Todos traen algo.

— No — dijo. — No todos. Muchos regresan de las provincias vacíos como ánforas. Tú no. Lo veo en cómo estás sentado.

Vacilé.

— Hay un episodio — dije al fin. — Un hombre. Una decisión tomada según las normas. Nada que Roma no haya visto cien veces.

— ¿Y entonces?

— Entonces no entiendo por qué no obedece al tiempo.

Rufus se levantó, caminó hacia la ventana. La luz de la tarde caía oblicua, dibujaba sombras largas en el suelo.

— Dime una cosa — dijo sin volverse. — Ese hombre, cuando lo tuviste delante, ¿te miró?

— Sí.

— ¿Cómo te miraba?

Lo pensé. Nunca había formulado esa respuesta.

— Como si no necesitara que yo comprendiera. Como si mi comprensión no fuera necesaria para lo que estaba ocurriendo.

Rufus se volvió.

— Ahí está — dijo. — Ese es el punto.

— ¿Qué punto?

— Que los hombres de poder están acostumbrados a ser el centro de cada intercambio. Cada palabra se dice para convencerlos, para temerlos, para obtenerlos. Y cuando llega alguien que no los busca — no los desafía, no los teme, no los quiere — no saben dónde situarse.

Guardé silencio.

— No te persigue porque hayas errado — continuó. — Te persigue porque por un momento, ante aquel hombre, dejaste de ser necesario. Y eso — para un hombre como tú — es más destabilizador que cualquier acusación.

La frase quedó en el aire. No traté de responderla.

— ¿Qué harás ahora? — preguntó Rufus.

— Volveré a mi casa. En los Abruzos.

— Bien — dijo. — Allí no hay fórmulas. Ni archivos.

— ¿Y eso debería ayudar?

— No — dijo. — Pero te obligará a quedarte con la pregunta sin poder transferirla a otro. Nos levantamos. Me acompañó hasta el umbral. Antes de despedirme, dijo una sola cosa — No trates de

entender qué era aquel hombre. Trata de entender en qué te convertiste tú, en el momento en que lo miraste.

Salí sin responder. Caminé largo rato, hasta que la ciudad me pareció extraña como una provincia lejana.

Al alba Roma no se despidió. La luz llegó antes que los ruidos, como si la ciudad necesitara ver antes de volver a hablar. Partí sin prisa. No por prudencia, sino porque ya no tenía motivo para apresurar nada.

La Vía Apia se ofreció enseguida por lo que era: una línea decidida, antigua, indiferente. Piedra sobre piedra, juntas regulares, árboles alineados como una promesa cumplida por otros, mucho tiempo atrás. Roma había sabido construir caminos que no pedían explicaciones. Bastaba caminar sobre ellos. El carro avanzaba a paso constante. Las ruedas encontraban el ritmo solas. Autilio estaba a poca distancia, como siempre. No hablaba. Había aprendido que los viajes verdaderos no se acompañan con palabras. Las murallas se alejaron sin convertirse en recuerdo. Roma no retenía. No perseguía. Dejaba ir con la misma naturalidad con que había acogido. Me di cuenta de que no sentía nostalgia. Ni siquiera alivio. Solo una sensación de correcto distanciamiento, como cuando se cierra una puerta que ya no debe volver a abrirse.

El camino proseguía recto. A los lados, campos ya labrados, filas plantadas por manos que no conocían decretos ni edictos. La tierra no sabía nada del Senado, ni de Tiberio, ni de Calígula. Y sin embargo seguía respondiendo del mismo modo: con estaciones, con frutos, con silencios.

Y sin embargo, sin ser llamado, volvió aquel rostro. No como imagen nítida, sino como una postura de la mente. Una mirada que no pedía tiempo, porque parecía no necesitarlo. No insistí. Había aprendido que los pensamientos a los que se resiste demasiado vuelven con más fuerza. Roma quedó atrás. El camino, por delante, no prometía nada.

Notas al capítulo: 1–10 — véase Apéndice